

Mexicanas en Estados Unidos

María Adela Angoa

Introducción

Aunque el desplazamiento de personas a lo largo y ancho del planeta ha constituido un fenómeno histórico destacado en la conformación de regiones, e incluso países, y que en la actualidad este desplazamiento es objeto de múltiples análisis desde diversas disciplinas, hasta hace poco tiempo, el estereotipo del migrante había sido el varón solo o él y su familia. No es que se hubiera supuesto que las mujeres no migraban, se suponía que lo hacían como acompañantes subordinadas de un varón o con fines de reunificación familiar (Pessar, 1999; Poggio y Woo, 2000). Como consecuencia de esta visión, una gran parte de los estudios sobre migración y los marcos analíticos para explicarla se centraron exclusivamente en la población masculina.¹

¹ Agradezco las sugerencias y comentarios a este trabajo de Silvia E. Giorguli y Paula Leite.

El estudio de la migración mexicana a Estados Unidos no fue la excepción. En muchas investigaciones sobre este tema, la variable sexo era incluida en términos descriptivos y no como categoría de análisis (Poggio y Woo, 2000). La justificación para este sesgo se expresaba en la naturaleza del fenómeno migratorio mexicano: primordialmente masculino, circular, estacional y agrícola. Mientras los varones se desplazaban a Estados Unidos a laborar durante una temporada específica del año, las mujeres se quedaban al frente del hogar y de los hijos.

Por tanto, las teorías utilizadas para dar cuenta de este fenómeno en ese tiempo resaltaban el modelo del varón proveedor o jefe de familia, quien tomaba todas las decisiones importantes de la familia, incluyendo las de migrar o ingresar a la fuerza laboral. Los miembros de su grupo, incluyendo a su esposa, eran vistos como individuos pasivos que acataban las órdenes del jefe sin conflictos.

Estas premisas denotaban claramente el poco reconocimiento a la actividad independiente de las mujeres en el proceso migratorio, y aunadas a la dificultad por consensuar el tamaño del flujo femenino en estas fechas, terminaron por justificar el hecho de que, al explicar la participación del varón inmigrante, también se comprendía la participación de las mujeres en el proceso (Woo, 1995; Kossoudji y Ranney, 1984).

No fue sino hasta finales de los años setenta que se hizo visible a la mujer migrante como autónoma, movida por una determinación específica (las más de las veces de tipo laboral) y no como simple acompañante o migrante asociada (Oliveira y Ariza, 1999). Diversas investigaciones evidenciaron la importancia cuantitativa y cualitativa de la mujer en la inmigración a Estados Unidos, y reconocieron la necesidad de estudiar los patrones migratorios de hombres y mujeres de manera diferenciada (Poggio y Woo, 2000). En esta década se inició y predominó el interés por los mercados de trabajo en los que se insertan las migrantes.

La siguiente década mantuvo el interés por los mercados de trabajo, los diferenciales en el ingreso de los varones y las

mujeres mexicanas, la subdivisión en ocupaciones “masculinas” y “femeninas”, y añadió otras dimensiones, como el hogar. En este periodo comenzaron a desarrollarse las primeras investigaciones que permitieron construir el perfil sociodemográfico de las mujeres migrantes mexicanas en Estados Unidos, así como la identificación del conflicto o conciliación familiar para insertarse en la actividad remunerada en ese país, entre otros temas.

A decir de Orlandina Oliveira y Marina Ariza (1999), en los años noventa se inició una boyante y diversificada perspectiva analítica sobre migración femenina, en la que se incorpora el género como principio estructurante, apoyado en disciplinas como la sociología y la antropología. En este momento se reconoce la heterogeneidad de los procesos migratorios y se favorece la diversificación de las áreas de investigación. En este sentido, a la relación migración femenina-mercados de trabajo-estructura del hogar, se incorporan perspectivas que estudian las redes sociales, la oposición entre los espacios públicos y privados y el impacto de los aspectos subjetivos, simbólicos y socioculturales en el proceso migratorio y la condición de la mujer. A partir de esta década y hasta la actualidad, se destaca una creciente tendencia a considerar la heterogeneidad del proceso migratorio versus la generalidad, sus múltiples aristas, así como la sistematización del conocimiento ya existente.

No obstante, aún permanecen latentes algunos retos en el estudio de la migración y su vinculación con el género. Uno de ellos es la identificación del impacto de la migración como factor de cambio en las asimetrías entre hombres y mujeres, su causalidad y direccionalidad (Ariza, 2000); otro se refiere al reconocimiento de la multidimensionalidad de esferas con las que se relaciona la migración y a la búsqueda de estrategias metodológicas que combinen estas dimensiones para lograr la comprensión integral del fenómeno (Ariza, 2000); un tercer reto busca satisfacer la carencia de instrumentos de recolección

que sean capaces de reconocer la especificidad de género del proceso migratorio.²

Sin embargo, lo que sí ha advertido el estudio de género asociado a la migración es el reconocimiento de la existencia de modelos migratorios femeninos y masculinos, no necesariamente excluyentes, pues el patrón migratorio de la mujer actual combina aspectos del patrón autónomo masculino (aumento de mujeres que migran solas) con otros del patrón asociativo (pese a ser cabeza de la migración, la mayoría de las veces su decisión de migrar está más ligada a decisiones familiares que entre los varones).³ Adicionalmente, las posibilidades de inserción laboral en el lugar de destino están fuertemente vinculadas a sus roles de género tradicionales, incluso en mayor medida que las mujeres nativas.

El reconocimiento de estas diferencias resulta útil, no sólo en términos académicos, sino también para diseñar políticas. Una primera aproximación al fenómeno de la migración femenina deja claro que las necesidades y condiciones de las mujeres migrantes difieren de las de los hombres. Esta diferencia tendría que considerarse desde la gestión de los flujos migratorios y la política migratoria *per se*, hasta la definición de políticas y programas enfocados a las formas de integración de la mujer migrante a la sociedad de destino.

De este modo, el objetivo central de este trabajo es realizar un breve diagnóstico de la situación actual de las mujeres migrantes mexicanas en Estados Unidos, la composición de los hogares en donde vive, y cómo su situación individual y familiar incide en su inserción laboral. La idea es identificar situaciones de vulne-

² Las fuentes tradicionales de migración (censos y encuestas) remarcaban una tendencia a homogeneizar los flujos migratorios, que se advierte en: el carácter masculino del concepto de migrante; la noción indiferenciada de familia; la ausencia de preguntas que busquen captar los condicionantes del curso de vida femenino, que son factores que inhiben o favorecen procesos diversos en la vida de las mujeres; o en el desarrollo de indicadores y cuestionarios basados en la experiencia masculina, entre otros.

³ Ver Lipszyc (2004).

rabilidad o focos rojos que enfrentan nuestras connacionales en el vecino país y proponer algunas recomendaciones de política pública para el gobierno mexicano.

Mujeres mexicanas en Estados Unidos. ¿Quiénes son?

El panorama de la migración femenina mexicana hacia Estados Unidos ha cambiado desde los años setenta, cuando inició la oleada de inmigración no Europea, hasta nuestros días.⁴ Baste decir que mientras en esa década residían en ese país 436 mil mujeres nacidas en México, para el año 2009 el grupo alcanzó 5.3 millones. En este aumento vertiginoso de la población femenina, que también se dio entre la población masculina,⁵ ha jugado un papel relevante la larga tradición migratoria de mexicanos a Estados Unidos, las repetidas crisis económicas de México y los efectos no esperados de algunas políticas estadounidenses.

Dos acciones de la política migratoria estadounidense han incidido específicamente en la modificación del volumen de la población femenina mexicana en Estados Unidos: la primera se refiere a la aplicación de la *Ley Simpson Rodino*, la cual, además de otorgar amnistía en ese país a los trabajadores no documentados que reunían requisitos específicos, promovió la reunificación familiar, permitiendo que muchas familias de los beneficiados que se habían quedado en su lugar de origen (en este caso, México) pudieran ingresar de manera documentada a ese país (Vernez, 1999); la segunda resalta que las reformas estadounidenses enfocadas al control y militarización de la frontera con México, han contribuido a erosionar el proceso de circularidad migratoria mexicana y favorecido la residencia más permanente de nuestros connacionales en ese país. Es en este contexto que examinamos a las inmigrantes mexicanas en Estados Unidos.

⁴ Para mayor detalle sobre este cambio, ver Leite et al., (2009b).

⁵ La población masculina en este país totalizó 6.5 millones para este mismo año, 1.2 millones por encima de la población femenina nacida en nuestro país.

Cuadro 1. Inmigrantes mexicanos residentes en Estados Unidos según sexo y características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Sexo		Total
	Hombres	Mujeres	
Grupos de edad	100.0	100.0	100.0
0-17 años	7.9	9.4	8.6
18-39 años	51.7	48.5	50.3
40-64 años	35.3	35.2	35.3
65 años y más	5.0	6.9	5.9
Edad promedio	37	38	38
Escolaridad de la población de 25 años y más	100.0	100.0	100.0
Menos de High School	61.0	59.6	60.4
High School	24.3	23.7	24.0
Licenciatura incompleta	7.6	9.3	8.3
Licenciatura completa o más	7.1	7.4	7.3
Situación conyugal	100.0	100.0	100.0
Unido	58.8	64.8	61.5
No unido	41.2	35.2	38.5
Hijos menores de 18 años en el hogar	100.0	100.0	100.0
Sin hijos menores de 18 años	46.0	34.9	41.0
Sólo niños menores de 6 años	11.4	11.9	11.6
Sólo niños entre 6 y 17 años	26.6	33.5	29.7
Ambos grupos (menores de 6 y entre 6 y 17 años)	16.1	19.7	17.7

Continúa

Cuadro 1. Inmigrantes mexicanos residentes en Estados Unidos según sexo y características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Sexo		Total
	Hombres	Mujeres	
Tiempo de residencia en Estados Unidos	100.0	100.0	100.0
Más de cinco años	76.2	78.5	77.2
Cinco años o menos	23.8	21.5	22.8
Ciudadanía estadounidense	100.0	100.0	100.0
Ciudadano estadounidense	22.3	26.4	24.1
No ciudadano estadounidense	77.7	73.6	75.9
Condición de pobreza	100.0	100.0	100.0
Pobres ¹	23.6	31.3	27.1
No pobres	76.4	68.7	72.9

Nota: 1/ Ingreso por debajo del 100% de la Línea Federal de Pobreza estadounidense.

Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey (CPS)*, marzo de 2009.

El perfil demográfico de las mujeres migrantes revela que la estructura etária de la población femenina mexicana residente en el vecino país se concentra en edades productivas y reproductivas (casi la mitad de ellas tiene entre 18 y 39 años), evidenciando un ligerísimo aumento del contingente femenino en edades más jóvenes y ancianas en comparación con la estructura etária de los varones. Este dato puede apuntar a esa migración de hermanas y abuelas que llegan a Estados Unidos para cuidar de los hijos de las migrantes ya establecidas y con empleo en ese país. Además, siete de cada diez mujeres que viven en Estados Unidos están unidas y una proporción similar experimenta la maternidad temprana, pues comparte el hogar con niños menores de 18 años, característica que probablemente inhiba el ingreso a la actividad extradoméstica remunerada.

Los datos del cuadro 1 no muestran diferencias importantes entre mujeres y varones mexicanos residentes en Estados Unidos, no obstante, el predominio de la baja escolaridad se manifiesta claramente en ambos contingentes, y es un hecho que esta baja calificación se traducirá en dificultades para conseguir empleos estables y con condiciones laborales y salarios bien remunerados.

Adicionalmente, dos de cada diez mujeres mexicanas llegaron en los últimos cinco años, lo que muestra la importancia de la migración reciente a ese país, así como el hecho de que una abrumadora mayoría no cuenta con la ciudadanía (74%). No obstante, las mujeres se regularizan en mayor medida que los varones mexicanos (26 y 23%, respectivamente).

Un aspecto a resaltar es su situación económica, estrechamente vinculada con la carencia de documentados.⁶ Silvia Giorguli y Selene Gaspar (2008) señalan que los inmigrantes sin autorización para residir o trabajar en Estados Unidos tienen una mayor presencia en actividades de baja calificación (actividades agrícolas, de manufactura y construcción), lo que supone bajos ingresos y, por lo tanto, una situación económica precaria. Si bien poco más de una cuarta parte de los mexicanos vive en condiciones de pobreza (27%), la brecha entre mujeres y hombres crece de manera importante. 31% de las mujeres aquí caracterizadas está en situación de pobreza, 8% más que los varones (véase cuadro 1).

Por otro lado, es importante distinguir que en la caracterización del contingente femenino, independientemente del lugar en el que residen, la reproducción biológica y social del hogar está indisolublemente ligada a su condición femenina y al ciclo de vida por el que transitan, y que está caracterizada por prácticas sociales diferenciadas, realizadas consciente o inconscientemente

⁶ Passel y Cohn (2008), estimaron que en la Unión Americana había siete millones de mexicanos sin documentos para residir en ese país en 2008, cifra que correspondió a 56% del total de mexicanos en este país, o a 59% de la población total de inmigrantes no documentados.

por individuos, familias o grupos sociales. En el caso mexicano, la caracterización del grupo inmigrante femenino resulta incompleta si no se añade la perspectiva del hogar, debido a que, por tradición y pese a que los varones están más involucrados en el cuidado y mantenimiento del hogar que antes, las mujeres han retenido la responsabilidad en la arena doméstica traducida en el cuidado de los hijos y del hogar.

Los hogares mexicanos en Estados Unidos

El hogar es la institución primaria que permite la socialización, adaptación y generación de las bases para la movilidad social. Según la información más reciente, en Estados Unidos hay 117 millones de hogares, 3.8% de los cuales son mexicanos.⁷ Para configurar un perfil de los hogares mexicanos, una dimensión a explorar es el estatus migratorio del jefe de hogar. Aunque la mayoría de los hogares está encabezada por varones, es un hecho que la jefatura femenina ha aumentado en las últimas décadas, como resultado: del incremento de hogares con jefes solteros (embarazos a edades tempranas de mujeres que permanecen solteras, uniones consensuales o “temporales”); del abandono del hogar por parte de varones, ya sea por estar desempleados o porque migraron en búsqueda de mejores oportunidades (Hobbs y Stops, 2002; García y Rojas, 2002; Giorguli *et al.*, 2007); o el alto índice de divorcios.

Los datos disponibles para 2009 revelan que en la Unión Americana, de un total de 4.5 millones de hogares mexicanos, 1.9 millones son encabezados por mujeres, lo que representa 42.1% del total, proporción que casi duplica la de los hogares en México (23% en 2005) (véase cuadro 2). Este resultado es

⁷ En este trabajo, la construcción del hogar se realiza con base en el lugar de nacimiento del jefe; así, los hogares mexicanos son aquellos cuyo dirigente es nativo de México. Adicionalmente, se señala que el término “hogar” se utilizará como sinónimo de unidad doméstica.

Cuadro 2. Hogares mexicanos¹ en Estados Unidos por sexo del jefe y características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Hogares mexicanos ¹		Total
	Hogares dirigidos por varones	Hogares dirigidos por mujeres	
Hogares	2 599 327	1 886 664	4 485 991
Porcentaje	57.9	42.1	100.0
Tamaño del hogar	100.0	100.0	100.0
De 1 a 3 miembros	42.6	43.9	43.2
De 4 a 6 miembros	50.7	49.2	50.1
De 7 miembros o más	6.7	6.9	6.8
Composición del hogar	100.0	100.0	100.0
Nuclear ²	57.4	60.9	58.9
Extendido o compuesto ³	24.9	27.2	25.9
Unipersonal ⁴	10.3	9.5	10.0
Corresidentes ⁵	7.4	2.4	5.3
Cónyuge en el hogar	100.0	100.0	100.0
Ausencia o inexistencia del cónyuge	29.5	46.2	36.5
Presencia del cónyuge	70.5	53.8	63.5
Tipo de hogar⁶	100.0	100.0	100.0
Hogares monoparentales	8.5	36.7	21.4
Hogares biparentales	91.5	63.3	78.6

Continúa

Cuadro 2. Hogares mexicanos¹ en Estados Unidos por sexo del jefe y características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Hogares mexicanos ¹		Total
	Hogares dirigidos por varones	Hogares dirigidos por mujeres	
Hijos menores de 18 años en el hogar	100.0	100.0	100.0
Sin hijos menores de 18 años	45.6	36.8	41.9
Sólo niños menores de 6 años	10.7	12.2	11.3
Sólo niños entre 6 y 17 años	27.4	31.5	29.1
Ambos grupos (menores de 6 y entre 6 y 17 años)	16.3	19.5	17.7
Condición de pobreza	100.0	100.0	100.0
Hogares pobres ⁷	21.7	35.9	27.6
Hogares no pobres	78.3	64.1	72.4

Notas: 1/ La conformación de los hogares está dada por el país de nacimiento del jefe de hogar.

2/ Constan del dirigente del hogar y su cónyuge con o sin hijos solteros; o del dirigente del hogar y su descendencia.

3/ Están conformados por: familia nuclear y/o parientes y/o no parientes del dirigente del hogar; familia nuclear y algún pariente del dirigente; o familia nuclear y alguna persona sin relación de parentesco con el dirigente del hogar.

4/ Están conformados por una sola persona.

5/ Están conformados por personas sin vínculos de parentesco con el dirigente del hogar.

6/ Con hijos menores de 18 años.

7/ Ingreso por debajo del 100% de la Línea Federal de Pobreza estadounidense.

Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey* (CPS), marzo de 2009.

interesante debido al constante señalamiento de que los hogares encabezados por mujeres, aparte de trastocar su constitución tradicional y los valores asociados a ella (Safa y Colon-Warren, 2009), frecuentemente están vinculados a condiciones de pobreza y desigualdad económica (Safa y Colon-Warren, 2009; García y Rojas, 2002). De resultar cierta esta premisa, constituiría un enérgico argumento para demandar atención específica de políticas sociales para atender las necesidades de las mujeres mexicanas residentes en Estados Unidos.

Un elemento que usualmente se examina para configurar el perfil de un hogar es su conformación.⁸ La enorme diversidad de la composición de los hogares de los mexicanos residentes en el vecino país está constituida en términos de lazos de parentesco o redes sociales que configuran estructuras de hogar diferentes a los nativos u otros inmigrantes no hispanos. Los datos del cuadro 2 evidencian el predominio del hogar nuclear mexicano, en general, pero revelan diferencias importantes según el sexo del jefe. La presencia de hogares extendidos o complejos, sobre todo en hogares con jefatura femenina, confirma el hecho de que la interacción con parientes o no parientes relacionados con el núcleo familiar, puede, al inicio de la migración, minimizar sus costos y riesgos, y ya como residentes (documentados o no), aliviar potencialmente los problemas económicos del hogar, distribuyendo el trabajo doméstico y el cuidado y responsabilidades del mismo, así como la obtención de ingresos adicionales entre los adultos que conforman dichos hogares (Tienda y Glass, 1985).

Un resultado que revela el vínculo desfavorable entre jefatura femenina y composición del hogar en el caso de México, que

⁸ En este trabajo, las categorías de análisis para describir la conformación del hogar utilizadas son: *nuclear* (constan del dirigente del hogar y su cónyuge, con o sin hijos solteros; o del dirigente del hogar y su descendencia); *extenso o complejo* (conformados por familia nuclear y/o parientes y/o no parientes del dirigente del hogar; o por familia nuclear y algún pariente del dirigente; o familia nuclear y alguna persona sin relación de parentesco con el dirigente del hogar); *unipersonal* (conformados por una sola persona) y *corresidente* (conformados por personas sin vínculos de parentesco con el dirigente del hogar).

bien puede extrapolarse a la comunidad femenina mexicana en Estados Unidos, sugiere una mayor prevalencia de hogares extensos o complejos entre los sectores menos favorecidos económicamente (García y Rojas, 2002). La incorporación de parientes o no parientes a núcleos conyugales encabezados por mujeres mexicanas se remite a la necesidad de apoyo que tienen éstas, sobre todo si se incorporan a la actividad remunerada.

Por otro lado, aunque su porcentaje es muy bajo, los hogares con jefatura masculina son más propensos a vivir en estructuras de corresidentes que aquellos con jefatura femenina (7.4 y 2.4%, respectivamente). La proporción de hogares unipersonales, que presupone recursos económicos suficientes para mantener un hogar separado, es mínima y no refleja diferencias entre hombres y mujeres.

El tamaño del hogar es otra dimensión a explorar, que a últimas fechas sigue una tendencia decreciente debido a la reducción de la fecundidad, el aumento de la escolaridad, el retraso de la edad a la primera unión y el creciente número de separaciones y divorcios, entre otras (García y Rojas, 2002). Los datos del cuadro 2 revelan una mayor prevalencia de hogares conformados por cuatro a seis miembros.

Como ya señalamos, hay un vínculo claro entre jefatura femenina y pobreza. Los datos presentados en este análisis indican una mayor incidencia de esta condición en hogares con dirigente femenino mexicano (36%), en franca oposición de aquellos cuyo dirigente es varón (22%) (véase cuadro 2). Entre los argumentos que contribuyen a explicar el mayor nivel de pobreza entre las mujeres mexicanas resaltan: el mayor número de dependientes (específicamente, menores de edad), la ausencia del cónyuge y las dificultades que enfrenta una parte de estas mujeres, que poseen escasa calificación y menor tiempo disponible para su preparación o para desempeñarse en el trabajo remunerado, debido a sus responsabilidades domésticas (García y Rojas, 2002). Probablemente estas razones, además de la mayor vulnerabilidad por el estatus legal, sirvan para explicar la situación de los hogares encabezados por mujeres mexicanas en Estados Unidos.

Los hogares encabezados por mujeres tienen una alta prevalencia de ausencia o inexistencia del cónyuge, en comparación con los hogares de jefatura masculina (46.2 y 29.5%, respectivamente). Aunada a la alta incidencia de hogares dirigidos por mujeres mexicanas sin cónyuge presente, se explora el papel de los dependientes económicos, específicamente los hijos menores de edad, en la conformación de los hogares de las mujeres mexicanas residentes en la Unión Americana. De los 2.6 millones de hogares mexicanos con hijos menores de 18 años, 21% está conformado sólo por un padre (presumiblemente el jefe), y es revelador que sean los hogares monoparentales con jefatura femenina quienes exhiban una mayor concentración, en comparación con su contraparte masculina (37% y 9%, respectivamente).⁹ Con respecto a la presencia de hijos menores de 18 años, seis de cada diez hogares cuentan con hijos en este rango de edad, de los cuales es más numeroso el grupo de hogares con niños entre 6 y 17 años (tres de cada cuatro).

Así, aunque son minoría en comparación con las jefaturas de hogar masculinas, las mujeres mexicanas que encabezan hogares en Estados Unidos exhiben una creciente presencia de hogares extendidos, monoparentales, con hijos dependientes menores de 18 años y una condición de pobreza mayor que su contraparte masculina. A fin de caracterizar con mayor detalle la situación de pobreza que vive la mujer mexicana en Estados Unidos, el cuadro 3 muestra las diferencias en indicadores entre jefas y no jefas de hogar.

El perfil sociodemográfico de las mujeres descrito en el cuadro 3 revela diferencias respecto de la edad entre dirigentes

⁹ Los hogares monoparentales se definen en este estudio como aquellos en los que está presente sólo un padre en el hogar y al menos un hijo menor de 18 años. Es importante señalar que un hogar monoparental es diferente a un hogar con ausencia o inexistencia del cónyuge, pues en el primer caso, un requisito necesario para considerarlo monoparental es la presencia de hijos, mientras que esta condición no necesariamente se cumple en el segundo caso. Los hogares biparentales están conformados por la presencia de ambos padres en el hogar y al menos un hijo menor de 18 años.

Cuadro 3. Características sociodemográficas y migratorias de las mujeres mexicanas de 18 años y más en Estados Unidos según condición de jefatura de hogar, 2009

Características seleccionadas	Mujeres inmigrantes mexicanas		Total
	Jefas de hogar	No jefas de hogar	
Grupos de edad	100.0	100.0	100.0
18-39 años	56.2	49.2	53.5
40-64 años	37.4	41.2	38.9
65 años y más	6.4	9.6	7.7
Escolaridad de la población de 25 años y más	100.0	100.0	100.0
Menos de High School	60.1	58.8	59.6
High School	24.1	23.2	23.7
Licenciatura incompleta	8.6	10.2	9.3
Licenciatura completa o más	7.2	7.8	7.4
Situación conyugal	100.0	100.0	100.0
Unido	69.4	57.3	64.8
No unido	30.6	42.7	35.2
Hijos menores de 18 años en el hogar	100.0	100.0	100.0
Sin hijos menores de 18 años	33.8	36.8	34.9
Sólo niños menores de 6 años	11.8	12.2	11.9
Sólo niños entre 6 y 17 años	34.6	31.5	33.5
Ambos grupos (menores de 6 y entre 6 y 17 años)	19.8	19.5	19.7

Continúa

Cuadro 3. Características sociodemográficas y migratorias de las mujeres mexicanas de 18 años y más en Estados Unidos según condición de jefatura de hogar, 2009

Características seleccionadas	Mujeres inmigrantes mexicanas		Total
	Jefas de hogar	No jefas de hogar	
Tiempo de residencia en Estados Unidos	100.0	100.0	100.0
Más de cinco años	75.0	84.9	78.5
Cinco años o menos	25.0	15.1	21.5
Ciudadanía estadounidense	100.0	100.0	100.0
Ciudadano estadounidense	23.2	32.3	26.4
No ciudadano estadounidense	76.8	67.7	73.6

Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey* (CPS), marzo de 2009.

y no dirigentes de la unidad doméstica. Más de la mitad de quienes no dirigen el hogar tiene 40 años o más, mientras que esta proporción se mantiene para aquellas entre 18 y 39 años que encabezan los hogares. En otras palabras, las jefas de hogar mexicanas son ligeramente más jóvenes que aquellas que no dirigen su unidad doméstica.

El nivel educativo de las mujeres mexicanas no hace difiere entre las jefas y las que no lo son, y refleja una escasa preparación, que no le permitió a 60% de ellas obtener un diploma de *high school*. Estas diferencias en logro educativo seguramente se verán reflejadas en oportunidades laborales diversas para cada uno de los grupos de mujeres migrantes.

La situación conyugal sí constituye una diferencia: se advierte una menor presencia de mujeres unidas entre quienes encabezan los hogares que entre quienes no lo hacen (31 y 43%, respectivamente), diferencia que también se registra respecto al tiempo de residencia en Estados Unidos: 85% de las mujeres que no son jefas y 75% de las jefas tienen más de cinco años de residencia en ese país. Dicho de otro modo, sólo 15% de las no jefas llegó

hace cinco años o menos, porcentaje menor al de las jefas con igual tiempo de residencia en el país (25%).

No obstante, la presencia de niños menores de 18 años en el hogar refleja un ciclo de vida relativamente similar entre las dirigentes del hogar y aquellas que no lo son.

Finalmente, una diferencia sustancial entre jefas mexicanas y no jefas es la adquisición de ciudadanía. Dos de cada diez dirigentes de hogar mexicanas son ciudadanas, mientras que tres de cada diez no jefas lo son. La explicación a este diferencial sugiere que el mayor tiempo de residencia en Estados Unidos de las mujeres que no encabezan un hogar pudiera hacerlas proclives a ganar la ciudadanía.

Por otro lado, la idea de vulnerabilidad de los hogares mexicanos en situación de pobreza dirigidos por mujeres en comparación con su contraparte masculina se presenta en el cuadro 4. La información analizada deja ver que el porcentaje de hogares monoparentales encabezados por mujeres en condición de pobreza supera por mucho a los hogares encabezados por varones en la misma condición (61.3 y 22.6%, respectivamente). En lo que se refiere a hogares biparentales (ambos padres en el hogar), el diferencial de pobreza entre hogares dirigidos por varones y mujeres se reduce a sólo dos puntos porcentuales en detrimento de las jefas (27.5 y 29.1%, respectivamente).

En general, los datos mostrados respecto al número de hogares con jefatura femenina en situación de pobreza dirigidos por mexicanas exhiben niveles más altos que los de jefatura masculina en todas las categorías, pero son particularmente dramáticos en dos casos: cuando la dirigente del hogar no posee la ciudadanía estadounidense (41.7 y 25.1%, respectivamente) y cuando en el hogar hay niños menores de 18 años.¹⁰

La incidencia de pobreza es menos drástica, pero aún importante, cuando la dirigente del hogar está inactiva en comparación con hogares cuyo dirigente es varón (36.4 y 31.4%, respectivamente).

¹⁰ Para mayor información respecto de los hijos de mexicanos menores de 18 años y situación de pobreza, ver Leite et al. (2009a).

Cuadro 4. Hogares mexicanos en condición de pobreza en Estados Unidos según sexo del jefe del hogar y características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Hogares dirigidos por varones	Hogares dirigidos por mujeres	Total
Tipo de hogar¹			
Hogares monoparentales	22.6	61.3	52.9
Hogares biparentales	27.5	29.5	28.2
Hijos menores de 18 años en el hogar			
Sin hijos menores de 18 años	15.2	26.8	19.5
Sólo niños menores de 6 años	27.1	48.7	36.9
Sólo niños entre 6 y 17 años	22.0	31.4	26.3
Ambos grupos (menores de 6 y entre 6 y 17 años)	35.6	52.2	43.3
Ciudadanía estadounidense del jefe del hogar			
Ciudadano estadounidense	13.3	23.7	17.9
No ciudadano estadounidense	25.1	41.7	31.9
Condición de actividad del jefe del hogar			
Activo	18.7	24.6	20.4
Inactivo	31.4	36.4	33.1

Nota: 1/ Con hijos menores de 18 años.
Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey* (CPS), marzo de 2009.

Aún cuando los resultados anteriores indican una disminución de hogares pobres si el jefe de hogar (hombre o mujer) está económicamente activo, la situación es más complicada en el caso de las mujeres que encabezan hogares monoparentales, pues la incidencia de pobreza alcanza 40% (en términos absolutos, casi 270 mil hogares), porcentaje que se reduce drásticamente cuando se encuentra inserta en hogares biparentales (véase cuadro 4). Estos resultados son coherentes con los de Paula Leite y sus colaboradores (2009a), quienes indican que los hijos de mexicanos menores de 18 años que viven sólo con su madre son los más propensos a vivir con dificultades económicas. La reflexión que se desprende del análisis de este último cuadro establece que los hogares encabezados por mujeres mexicanas, monoparentales, con hijos menores de 18 años y cuya jefa no cuenta con ciudadanía estadounidense son más propensos a encontrarse en condición de pobreza y vulnerabilidad.

Hasta aquí se ha examinado las características sociodemográficas de las mujeres inmigrantes en general, de los hogares mexicanos con dirigente femenina, las características de estas dirigentes y los hogares mexicanos en situación de pobreza. Se necesita explorar un tercer aspecto que deleve otra fotografía adicional de las mujeres mexicanas residentes en la Unión Americana. Este aspecto abarca los mercados de trabajo, inserción y condiciones laborales de estas mujeres en ellos.

Es bien conocido que el ingreso a los mercados laborales estadounidenses no garantiza condiciones de vida estables para el conjunto de mexicanos residentes en el vecino país del norte. De hecho, dado su bajo nivel de escolaridad, predomina su inserción en empleos con cierto grado de precariedad, como se verá en la siguiente sección.

Las mexicanas en el mercado de trabajo estadounidense

Uno de los cambios más sorprendentes ocurridos en las últimas décadas es el rápido incremento de la participación económi-

ca femenina a nivel mundial. Conjugando las transformaciones demográficas, las situaciones coyunturales y la reestructuración económica experimentada por cada país, se puede explicar la tendencia creciente de participación económica femenina en el mercado laboral. La escolaridad, la estructura de oportunidades en los mercados de trabajo, el ciclo de vida y las concepciones y conductas asociadas al trabajo femenino son responsables de los niveles de participación y tipo de ocupación.

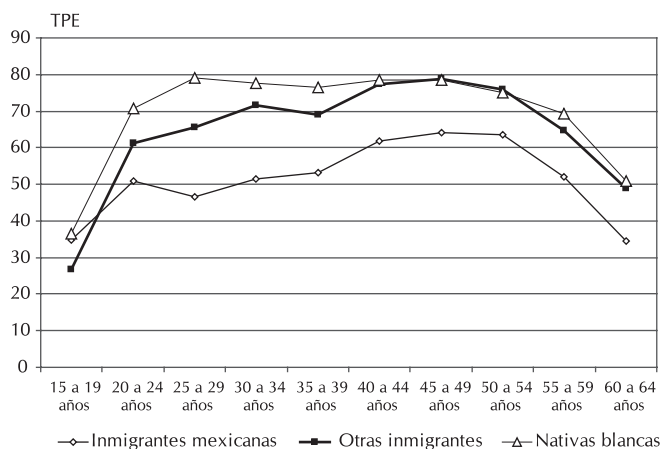
Es ampliamente conocido que el ciclo de vida (término de estudios, matrimonio, embarazo, crianza de los hijos, entre otras etapas) influye en el ingreso y permanencia de las mujeres a la actividad extradoméstica remunerada. La participación económica femenina, a diferencia de la masculina, exhibe un patrón intermitente de entradas y salidas, que redunda en desventajas salariales, desventajas para el reingreso a la actividad remunerada, así como desventajas en las condiciones y tipo de empleo desempeñado.

Las generalidades descritas previamente se aplican también al caso de la participación económica femenina en Estados Unidos. La gráfica 1 muestra una curva relativamente similar entre las mujeres inmigrantes mexicanas, otras inmigrantes y blancas nativas, con niveles de despegue a edades jóvenes (15 a 19 años), un descenso más marcado entre los 20 y 39 años (asociado con embarazos y crianza de los hijos), para alcanzar su máximo entre los 40 y los 54 años, e iniciar nuevamente el descenso a partir de los 55 años.

La diferencia más importante entre estos grupos se refiere a los niveles de participación. Las mujeres inmigrantes mexicanas exhiben niveles inferiores a otras inmigrantes no mexicanas y las nativas blancas (53, 68 y 70%, respectivamente) (véase cuadro 5). Hay que resaltar, sin embargo, que los niveles de participación económica de las mexicanas en Estados Unidos se ubican por encima de los alcanzados en México (Angoa, 2005).

Pero, ¿qué es lo que explica los diferenciales en la participación económica de las mujeres mexicanas en comparación con otros grupos étnicos? Numerosos estudios sobre participación

Gráfica 1. Participación económica de mujeres inmigrantes y blancas no hispanas en Estados Unidos según grupos de edad , 2009



Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey (CPS)*, marzo de 2009.

económica femenina han indicado la existencia de factores que operan en distintos niveles de análisis y que inciden en su participación, entre ellos se encuentran las características de la mujer, las asociadas a su hogar y aquellas referidas al contexto o lugar donde se desenvuelven, añadiendo, en el caso de la migración internacional, aquellas en el plano subjetivo y cultural que remiten a valores y conductas respecto del trabajo femenino que las mujeres traen consigo del lugar de origen (Stier y Tienda, 1992; García y Oliveira, 1994; Greenlees y Sáenz, 1999).

Quizá el determinante más conocido por su potente efecto es la escolaridad, la cual se correlaciona directamente con el grado de participación económica de las mujeres. Así, las mexicanas con escolaridad menor a *high school* exhiben la tasa de participación más baja, comparadas con las tasas que ostentan el grupo de otras inmigrantes y las nativas blancas (véase cuadro 5). A la inversa, el adagio “mayores credenciales escolares implican mayores tasas de participación” no se cumple para las mexicanas con estudios superiores, pues, pese a su calificación, no logran equiparar sus

tasas de participación económica con las de otras inmigrantes y blancas nativas (67, 75 y 81.3%, respectivamente). Giorguli, Leite y Gaspar (2008) explican este efecto como *la desventaja de ser mexicano*, que estereotipa a los migrantes mexicanos *a priori* como poco calificados y de baja productividad y los relega a estos puestos, sin importar que posean competencias especializadas.

Otra característica que inhibe de manera diferencial la participación económica femenina es la presencia de hijos menores en el hogar, destacando su efecto restrictivo en el trabajo extradoméstico remunerado de las mujeres, en general. Los datos en este análisis (véase cuadro 5) señalan el efecto más drástico para las mujeres mexicanas con niños menores de 6 años, cuya tasa de participación económica es la más baja (39%) de todos los grupos examinados. El efecto inhibitor es considerablemente más reducido entre aquellas inmigrantes de otras regiones y mucho más atenuado en las nativas blancas. La presencia de niños entre 6 y 17 años también constituye una limitante en la participación laboral de las mexicanas, pero es menos acentuada en comparación con los hijos pequeños y con el resto de los grupos. Estos resultados confirman que, tanto para las otras inmigrantes como para las nativas, la presencia de hijos menores en el hogar no constituye un impedimento para su inserción económica, como sí ocurre en las mexicanas.

Con respecto al tiempo de residencia en la Unión Americana, Borjas (1983) señala que, a medida que el tiempo de permanencia en Estados Unidos se incrementa, los inmigrantes también aumentan su capital humano (educación y dominio del inglés), así como los conocimientos y recursos necesarios para emplearse en este país. La tendencia mostrada en el cuadro 5 refuerza esta premisa para las mujeres mexicanas con más de cinco años en dicho país, pues 55% participan en actividades extradomésticas remuneradas, en comparación con 45% de las que llegaron recientemente (cinco años o menos). Adicionalmente, la tasa de participación de mujeres mexicanas con mayor tiempo de estancia en este país es más baja que el grupo de otras inmigrantes con similares características (71%).

La unión marital se añade a la lista de factores que inhiben la participación económica de las mujeres mexicanas, pues refiere el nivel de participación más bajo (47%) en comparación con otras inmigrantes y las nativas blancas (67 y 72%, respectivamente).

Un resultado que sigue las tendencias observadas es que la adquisición de la ciudadanía estadounidense incrementa la participación económica de quien la posee, independientemente del sexo. Los efectos van en este sentido, sólo se destaca que las mexicanas reportan una participación económica más baja en comparación con el grupo de otras inmigrantes (véase cuadro 5).

Los datos del cuadro 5 indican la correlación directa entre un elevado nivel de pobreza y una baja participación económica femenina. El grupo de mujeres mexicanas pobres evidencia una participación económica más baja incluso que las nativas blancas, quienes, gracias a su condición de ciudadanía, califican para utilizar los recursos otorgados por el Estado en esta situación particular.

Para completar las explicaciones de la participación laboral de las mujeres es necesario considerar específicamente el plano subjetivo y cultural de las mexicanas con respecto al trabajo extradoméstico. Es así que, para entender la inserción laboral de las mujeres de origen mexicano en Estados Unidos se deben confrontar un par de concepciones sobre el trabajo extradoméstico femenino. En México, la participación laboral femenina está más comprometida con el bienestar familiar y gira en torno a un proyecto familiar que contribuye a reducir las carencias económicas, mantener el status o elevar las condiciones de vida de los hijos y de la familia (García y De Oliveira, 1994). En la sociedad estadounidense, el trabajo femenino es visto como un compromiso de tipo individual con metas personales, percibido como una actividad útil y satisfactoria (Fox y Hesse-Biber, 1984). Estas premisas deben ser conjugadas con la visión de la familia tradicional en México, en la que el padre ejerce el rol dominante de la familia entera y la mujer es frecuentemente colocada un peldaño más abajo del padre, hermano o marido. El papel principal del varón es el de proveedor económico y jefe del hogar,

Cuadro 5. Participación económica de mujeres inmigrantes y nativas blancas residentes en Estados Unidos según características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Inmigrantes mexicanas	Otras inmigrantes	Nativas blancas	Total
Tasa de participación económica	53.3	67.9	70.0	69.0
Escolaridad de la población de 25 años y más				
Menos de High School	49.8	58.2	45.8	49.0
High School	57.4	66.0	69.5	68.6
Licenciatura incompleta	65.9	72.9	74.5	74.2
Licenciatura completa o más	66.9	75.0	81.3	80.3
Situación conyugal				
Unido	47.1	66.8	71.9	69.8
No unido	65.5	69.9	67.9	68.0
Hijos menores de 18 años en el hogar				
Sin hijos menores de 18 años	60.7	70.0	71.9	71.4
Sólo niños menores de 6 años	38.6	58.4	69.4	65.8
Sólo niños entre 6 y 17 años	59.2	71.5	68.1	67.9
Ambos grupos (menores de 6 y entre 6 y 17 años)	40.3	56.7	61.6	58.5

Continúa

Cuadro 5. Participación económica de mujeres inmigrantes y nativas blancas residentes en Estados Unidos según características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Inmigrantes mexicanas	Otras inmigrantes	Nativas blancas	Total
Tiempo de residencia en Estados Unidos				
Más de cinco años	55.3	71.0	-	66.2
Cinco años o menos	45.0	56.8	-	53.7
Ciudadanía estadounidense				
Ciudadano estadounidense	63.3	73	-	70.1
No ciudadano estadounidense	49.8	62.1	-	57.2
Condición de pobreza				
Pobres ¹	37.9	43.2	41.7	41.5
No pobres	59.9	71.9	73.9	73.2

Nota: 1/ Ingreso por debajo del 100% de la Línea Federal de Pobreza estadounidense.

Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey (CPS)*, marzo de 2009.

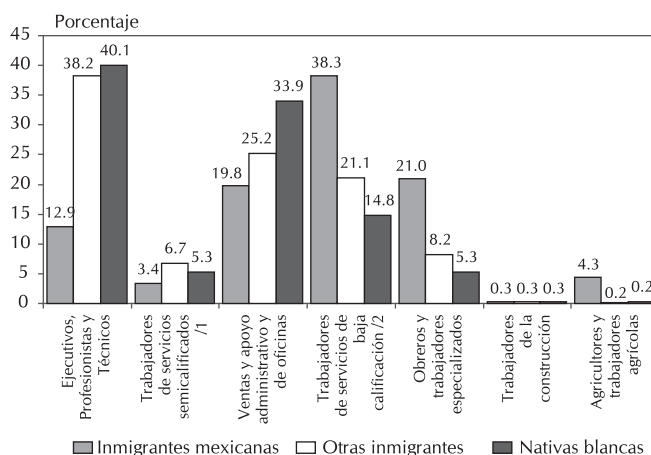
mientras que el lugar de la mujer está en la casa. En este sentido, que la mujer mexicana se desenvuelva en un contexto como el estadounidense, con otros códigos de conducta en cuanto al trabajo femenino, y que presente tasas mayores a las observadas en México (no obstante sus menores tasas de participación económica respecto a las de las nativas y otras migrantes), refleja algún cambio cultural o de conducta que apunta a un incipiente proceso de integración a la sociedad en la que residen.

Por otro lado, el tipo de ocupación está inherentemente ligado al capital humano y la experiencia, y en el caso de los migrantes, a su estatus migratorio. Es ampliamente conocido que, en el perfil de las inmigrantes mexicanas, aún predomina, por mucho, el bajo nivel de estudios (véase cuadro 1) y la condición de indocumentación (Leite *et al.*, 2009b), características que obstaculizan obtener ocupaciones calificadas con alta remuneración. Para entender el funcionamiento de los mercados de trabajo donde se insertan los mexicanos, se retoma la perspectiva teórica de Saskia Sassen (2003), que plantea que la globalización ha generado *ciudades globales* que concentran funciones y recursos claves de la economía global, desde las cuales se demanda trabajo altamente calificado para control y coordinación de dicha economía, pero al mismo tiempo, el estilo de vida de los trabajadores profesionales genera una demanda de empleos con baja cualificación y condiciones precarias y pocas opciones de movilidad ocupacional. Dadas las características de las inmigrantes mexicanas, sus alternativas laborales, según la perspectiva antes señalada, corresponden al segmento reservado para trabajadores de baja calificación (véase gráfica 2).

En efecto, seis de cada diez inmigrantes mexicanas están ocupadas en empleos de servicios de baja calificación y manufactura, y exhiben una participación mayor que los grupos de otras inmigrantes y nativas blancas en el sector agropecuario. Inversamente, sólo 13% de las mexicanas ocupadas se desempeña en actividades ejecutivas, profesionistas o técnicas.

Sassen también indica que en las ciudades globales conviven, por un lado, la riqueza, el poder, los empleos altamente califi-

Gráfica 2. Población femenina inmigrante y nativa blanca residente en Estados Unidos según tipo de ocupación, 2009



Notas:1/ Incluye las ocupaciones relacionadas con el cuidado de la salud, como ayudantes de terapeutas, masajes, ayudantes dentales y auxiliares médicos, servicios de protección y seguridad, etc.

2/ Incluye las ocupaciones relacionadas con la preparación de comida, mantenimiento y limpieza de inmuebles, servicios domésticos y personales, etc.

Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey (CPS)*, marzo de 2009.

cados y bien remunerados y, por el otro, los trabajadores con empleos mal remunerados y precarios, con ciertas tendencias a la actividad informal. En este sentido, un indicador que produce información respecto de la precariedad laboral en el mercado de trabajo estadounidense es el acceso a seguro médico ofrecido por el empleador.

En el contexto del mercado de trabajo estadounidense, Giorguli y Gaspar (2008), señalan que la responsabilidad del acceso a algunas prestaciones recae en el mercado y en el empleador, situación que excluye a una proporción de la fuerza de trabajo ligada a baja calificación, status migratorio y adscripción étnica. Los datos de este estudio revelan que la alta escolaridad está correlacionada con la obtención de un empleo que ofrezca prestaciones tales como el servicio médico. No obstante, cuando se agrega la condición de etnicidad, dicha prestación para las

mexicanas con escolaridad profesional o más es francamente desventajosa (31.5%) con respecto a los grupos de control (46 y 54% de otras inmigrantes y nativas blancas, respectivamente) (véase cuadro 6). Sin embargo, estos resultados deben ser matizados. El trabajo de Leite y sus colaboradores (2008a) indica que, pese a ser menos propensos a adquirir un seguro médico a través del empleador, 31% de los inmigrantes mexicanos adultos cuenta con un seguro médico público.

En el caso de las mujeres mexicanas unidas, la protección de seguro médico derivado del empleo solo cubre a 14% y no se observa diferencia importante con respecto a las mujeres no unidas (16%). La brecha crece cuando se integra la variable étnica (véase cuadro 6).

Particularmente relevante es el caso de las mujeres mexicanas en hogares con presencia de niños menores de 6 años o en hogares con niños menores de 18 años, pues únicamente 7% de ellas tiene acceso a seguro médico en el empleo, en comparación con 30% de otras inmigrantes y 34% de nativas para la misma categoría. De nueva cuenta, es necesario señalar que, aunque esta cifra muestra un cierto grado de desprotección en cuanto a cobertura de salud para mujeres mexicanas con hijos pequeños, estas inmigrantes pueden recurrir a los servicios médicos públicos.

Por otro lado, como ya se señaló, la mayor permanencia en Estados Unidos favorece una creciente exposición y conocimiento de la sociedad huésped por parte de los inmigrantes, de forma tal que las migrantes mexicanas con más de cinco años de estancia, insertas en empleos que las dotan de seguro médico, duplican en número a las mujeres de reciente arribo, es decir, cinco años o menos (16 y 8%, respectivamente). Cabe señalar que estas cifras son exiguas en comparación con otras inmigrantes no mexicanas.

La ciudadanía opera en la dirección esperada cuando se trata de identificar la relación con respecto a cobertura de salud otorgada por el empleo. Vale la pena indicar que las inmigrantes mexicanas sin ciudadanía estadounidense y con seguro de salud

otorgado por el empleador (10.1%) son significativamente menos que otras inmigrantes con similares características (26.3%).

Los datos del cuadro 6 son muy impactantes cuando se observa la condición de pobreza de las inmigrantes mexicanas. Sólo 2% de las que se encuentran en condición de pobreza tiene cobertura de salud. Esta cifra se eleva a 20% cuando se trata de mujeres no pobres. El diferencial entre ambas categorías se amplía cuando entran en escena las mujeres que fungen como grupos de control (inmigrantes no mexicanas y nativas). Es notorio que el porcentaje de mujeres inmigrantes y nativas blancas no pobres con seguro médico en el empleo es bajo, y fluctúa entre 40 y 30%, respectivamente. Sin embargo, y pese a las diferencias encontradas en los tres grupos de mujeres examinados, esto no es indicio de precariedad extrema, pues, aunque con una baja cobertura, 31% de los mexicanos en Estados Unidos cuenta con seguro público (Leite *et al.*, 2008a), mientras que las inmigrantes no mexicanas así como las nativas pueden contratar seguros médicos de forma privada o, en el caso específico de las nativas, tener acceso a servicios de salud federales o locales.

Un tercer aspecto al que se recurre para realizar un diagnóstico del estado de la población femenina mexicana residente en la Unión Americana es el que se refiere a los ingresos. Estudios recientes han señalado que existen brechas salariales entre las mujeres inmigrantes mexicanas con respecto al resto de inmigrantes y las nativas blancas (Giorguli *et al.*, 2006; Giorguli y Gaspar, 2008). Debido a ello, se decidió estimar las razones (proporción) de ingreso de las nativas blancas respecto de los dos grupos de inmigrantes. En la interpretación del cuadro 7, las razones por encima de uno se refieren a cuánto más ganan las nativas blancas respecto a las inmigrantes; las razones menores a uno se refieren a cuánto menos ganan las nativas blancas con respecto a los grupos mencionados.

Así, los resultados revelan que, para el caso de la escolaridad, las nativas blancas ganan aproximadamente 20% más que las inmigrantes mexicanas con licenciatura incompleta o menos, pero el diferencial se eleva a 50% respecto de las inmigrantes

Cuadro 6. Población femenina de 16 a 64 años residente en Estados Unidos según condición de seguro médico ofrecido por el empleador, 2009

Seguro médico ofrecido por el empleador	Inmigrantes mexicanas	Otras inmigrantes	Nativas blancas	Total
Escolaridad de la población de 25 años y más				
Menos de High School	10.9	16.7	17.6	15.6
High School	17.8	26.2	37.8	35.8
Licenciatura incompleta	27.7	37.3	43.2	42.4
Licenciatura completa o más	31.5	45.8	54.2	52.7
Situación conyugal				
Unido	13.8	32.4	39.0	36.6
No unido	15.9	34.5	36.8	35.9
Hijos menores de 18 años en el hogar				
Sin hijos menores de 18 años	21.3	36.7	43.3	42.0
Sólo niños menores de 6 años	7.8	29.9	33.8	31.5
Sólo niños entre 6 y 17 años	14.6	30.6	30.3	29.4
Ambos grupos (menores de 6 y entre 6 y 17 años)	7.3	22.4	25.5	23.0

Continúa

Cuadro 6. Población femenina de 16 a 64 años residente en Estados Unidos según condición de seguro médico ofrecido por el empleador, 2009

Seguro médico ofrecido por el empleador	Inmigrantes mexicanas	Otras inmigrantes	Nativas blancas	Total
Tiempo de residencia en Estados Unidos				
Cinco años o menos	8.0	23.6	-	19.4
Más de cinco años	16.1	35.7	-	30.0
Ciudadanía estadounidense				
Ciudadano estadounidense	27.2	39.1	-	37.9
No ciudadano estadounidense	10.1	26.3	-	19.9
Condición de pobreza				
Pobres ¹	2.4	8.0	8.8	8.0
No pobres	19.8	39.5	30.7	34.9

Nota: 1/ Ingreso por debajo del 100% de la Línea Federal de Pobreza estadounidense.
Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey (CPS)*, marzo de 2009.

Cuadro 7. Razón del ingreso por hora promedio de las mujeres nativas blancas respecto del ingreso de las mujeres inmigrantes en Estados Unidos según características seleccionadas, 2009

Características seleccionadas	Inmigrantes mexicanas	Otras inmigrantes	Total
<i>Escolaridad de la población de 25 años y más</i>			
Menos de High School	1.222	1.114	1.075
High School	1.192	1.151	1.019
Licenciatura incompleta	1.208	1.054	1.007
Licenciatura completa o más	1.495	0.902	0.988
Situación conyugal			
Unido	1.872	0.940	1.010
No unido	1.459	0.980	1.007
Hijos menores de 18 años en el hogar			
Sin hijos menores de 18 años	1.530	0.994	1.007
Sólo niños menores de 6 años	1.916	0.908	1.005
Sólo niños entre 6 y 17 años	1.724	0.795	0.992
Ambos grupos (menores de 6 y entre 6 y 17 años)	1.881	1.114	1.049
Ciudadanía estadounidense			
Ciudadano estadounidense	1.356	0.887	1.188
Condición de pobreza			
Pobres ¹	1.283	1.145	1.034
No pobres	1.611	0.920	1.002

Nota: 1/ Ingreso por debajo del 100% de la Línea Federal de Pobreza estadounidense.

Fuente: Estimaciones propias con base en la *Current Population Survey* (CPS), marzo de 2009.

mexicanas con licenciatura completa o más. Esto quiere decir que las mexicanas con altas calificaciones ganan 50% menos que las nativas blancas con similares características, lo que nuevamente remite a *la desventaja de ser mexicano*. Por el contrario, las inmigrantes con estudios superiores de otras regiones perciben salarios más elevados que las nativas blancas, y este diferencial se explica porque muchas de las inmigrantes no mexicanas son altamente calificadas y llegan a Estados Unidos llamadas a cubrir empleos acordes con su nivel de educación.

Es importante señalar que la tendencia a percibir mayor remuneración de las inmigrantes no mexicanas, por encima del percibido por las nativas, se manifiesta en todas las categorías, con excepción de las categorías educativas inferiores a licenciatura completa o más, al hecho de tener al menos dos hijos menores de 18 años y respecto a la situación de pobreza.

Con respecto a la situación conyugal, para ambas categorías, el ingreso de las nativas es mayor que el de las mexicanas, pero es la categoría de unida la que refleja diferenciales salariales más altos (ingreso de nativas 90% más alto que el ingreso de las mexicanas con esta condición); el diferencial en el ingreso de las solteras se reduce, aunque sigue siendo muy alto (50%).

La presencia de niños menores de 18 años en el hogar es un factor que sí incide en la brecha salarial entre mexicanas y nativas. Basta decir que la diferencia más pronunciada señala que las nativas con niños menores de 6 años ganan 90% más que las connacionales en la misma categoría.

Las distancias en los niveles salariales entre nativas blancas e inmigrantes mexicanas revelan una mayor desventaja para las mexicanas que ya adquirieron la ciudadanía estadounidense en comparación con las inmigrantes no mexicanas. Los datos señalan que las nativas blancas tienen ingresos por hora 30% superiores, en promedio, a los de las mexicanas, mientras que el diferencial se invierte para el resto de las inmigrantes (ingresos 88% por encima de las nativas).

La condición de pobreza revela un comportamiento inesperado. Las nativas pobres perciben ingresos 30% por encima

de las inmigrantes mexicanas con la misma característica; no obstante, la brecha salarial entre nativas e inmigrantes no pobres se duplica (60%).

Los resultados discutidos aquí constatan la desventaja salarial de las inmigrantes mexicanas con respecto a otras inmigrantes y nativas en todas las características examinadas en el cuadro 7, incluso aún entre inmigrantes mexicanas con altos niveles de calificación.

Las mexicanas en Estados Unidos y las políticas públicas

Los resultados de este trabajo han contribuido a destacar una creciente diferenciación entre el perfil de las mujeres y hombres mexicanos, así como respecto de las otras inmigrantes, las nativas e inclusive dentro de la población femenina nacida en México y que reside en Estados Unidos, entre quienes también se observa una amplia heterogeneidad. De las diferencias, resalta la divergencia en cuanto a indicadores sociodemográficos y económicos en los hogares según el sexo del jefe. Estos resultados sugieren necesidades y situaciones de vulnerabilidad diferenciados por sexo y por país de origen, las cuales requieren atención e involucramiento del gobierno mexicano mediante políticas públicas con perspectiva de género.

Entre los resultados más importantes de este trabajo destaca la participación de la mujer como agente activo (y no pasivo) en el proceso migratorio. Salta a la vista la elevada proporción de hogares mexicanos con jefatura femenina en Estados Unidos (porcentaje mayor que en México), los cuales son más proclives a conformar estructuras de hogares complejos o extensos con el fin de maximizar recursos económicos y generar estrategias de colaboración para el cuidado del hogar y de los hijos. Como ya se apuntó en trabajos previos, resalta la mayor pobreza de los hogares encabezados por mujeres mexicanas en Estados Unidos al mostrar que, en términos absolutos, de los 1.8 millones de

hogares encabezados por mexicanas en ese país, 1.2 millones corresponden a unidades domésticas con jefas mexicanas pobres. Más aun, se identificó como especialmente vulnerables a aquellos hogares con hijos menores de 18 años. La etapa del ciclo de vida de las familias se asocia con necesidades distintas de política pública. Para los hogares mexicanos con jefatura femenina, el mayor riesgo de vivir en pobreza ocurre en etapas de expansión de los hogares (cuando hay hijos menores de 18 años), lo que sugiere un proceso de transmisión generacional de la pobreza. Datos de un estudio reciente (Leite et al., 2009a) revelan que hay 6.3 millones de niños menores de 18 años hijos de mexicanos residiendo en ese país, de los cuales 86% nació en Estados Unidos y el restante 14% nació en México u otro país.

Esto remite a la idea de hogares binacionales (conformados por individuos nacidos en México y Estados Unidos), que se tornan más complejos cuando en un mismo hogar conviven hijos nacidos en ambos países. El mismo estudio señala que, pese al alto porcentaje de ciudadanía de los hijos, la cobertura en salud es particularmente baja. Esto inclusive entre niños que sí tienen derechos a los programas asistenciales en Estados Unidos por haber nacido en dicho país. En el esquema de la cultura mexicana, la mujer sigue siendo la principal proveedora de cuidados de los hijos. Esto debe considerarse en el diseño de programas dirigidos a ampliar la información sobre los derechos de sus hijos y dotar a los padres de competencias para “navegar” en el sistema de salud y bienestar social estadounidense.

Por otro lado, al igual que en México, donde los hogares con jefatura femenina están vinculados con envejecimiento y viudez, es necesario promover políticas con enfoque de ciclo vital y familiar.

Entre las mujeres mexicanas en Estados Unidos se observa una baja participación laboral en comparación con otras inmigrantes y nativas residentes en Estados Unidos, pero superior a la tasa de actividad extradoméstica femenina que se registra en México. El bajo nivel de participación de las mexicanas en el mercado laboral estadounidense se agudiza con la presencia de

niños pequeños en el hogar. La falta de esquemas de guarderías públicas y las políticas de privatización prevalecientes en Estados Unidos abren un potencial campo de acción para el gobierno mexicano. Suponemos que el acceso a guarderías u otros apoyos de cuidado infantil probablemente fomentaría un incremento de la participación laboral de las mexicanas con niños pequeños.

Es claro que las mexicanas residentes en Estados Unidos sufren una situación laboral de desventaja en comparación con los grupos de referencia, derivada principalmente de su baja escolaridad. Dado que la migración mexicana aún no ha dado visos de disminuir significativamente, y que se prevé que el flujo hacia el vecino país continuará, sería deseable implementar políticas que buscaran invertir en la educación y la capacitación laboral continua de los migrantes, ya sea mediante acuerdos para lograr el reconocimiento de los títulos educativos logrados en México, o para adquirir credenciales escolares y la capacitación para mejorar las habilidades y competencias requeridas en el mercado de trabajo estadounidense (Giorguli *et al.*, 2008).

Finalmente, las brechas salariales entre las mujeres mexicanas con alta escolaridad, las cuales tienen mayores probabilidades de desempeñarse en actividades más calificadas, y sus pares inmigrantes no mexicanas y nativas apuntan a procesos de discriminación o aplicación de falsos estereotipos con respecto a los mexicanos que deben ser contrarrestados mediante políticas y acciones orientadas a disminuir los diferenciales de estas mujeres respecto de las nativas (Giorguli *et al.*, 2008).

En este trabajo analizamos algunas de las dimensiones que nos hablan de la mayor vulnerabilidad de las mujeres mexicanas en Estados Unidos, en especial cuando asumen el rol de jefas de hogar. La discusión continua de este tema tendría que incluir diagnósticos precisos en diversos ámbitos como las necesidades de salud, en general, y salud reproductiva de la mujer migrante, las desigualdades de género y otras situaciones como las experiencias de violencia doméstica que también pueden resultar en situaciones de mayor vulnerabilidad y ámbitos de acción para la política pública.

Referencias

- Angoa, María A. (2005), "Patterns of Economic Participation of Mexican-Origin Women in United States of America", ponencia presentada en *The Population Association of America Annual Meeting*, Filadelfia, 31 de marzo a 2 de abril, p. 28, en: <http://paa2005.princeton.edu/download.aspx?submissionId=51626>
- Ariza, Marina (2000), *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Plaza y Valdés.
- Borjas, George (1983), "The Labor Supply of Male Hispanics Immigrants in the United States", *International Migration Review*, vol. 17, núm. 4. p. 653-671.
- Fox, Mary Frank y Sharlene Hesse-Biber (1984), "Introduction: The Study of Work" y "Women in the Work Force: Past and Present", en *Women at Work*, Palo Alto, Mayfield Publishing Company, p: 1-12; 13-39.
- García, Brígida y Olga Rojas (2002), "Los hogares latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo xx: una perspectiva sociodemográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 50, núm. 2, p. 261-288.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Giorguli, Silvia E., María Adela Angoa y Selene Gaspar (2007), "The Other Side of the Migration Story: Mexican Women in US", en Ashbee, Edward et al. (ed.), *Both Sides of the Border: The Politics, Economics and Culture of Mexican-US Migration*, Nueva York, Palgrave MacMillan.
- Giorguli, Silvia E. y Selene Gaspar (2008), *Inserción ocupacional, ingreso y prestaciones de los mexicanos en Estados Unidos*, México, Consejo Nacional de Población.

- Giorguli, Silvia E., Paula Leite y Selene Gaspar (2008), "¿Es posible mejorar la situación de los mexicanos en el mercado de trabajo estadounidense? Retos y oportunidades desde una perspectiva de políticas públicas." En *Inserción Ocupacional, ingreso y prestaciones de los Mexicanos en Estados Unidos*. México, Consejo Nacional de Población.
- Giorguli, Silvia E., Selene Gaspar y Paula Leite (2006), *La migración mexicana y el mercado de trabajo estadounidense. Tendencias, perspectivas y ¿Oportunidades?*, México, Consejo Nacional de Población.
- Greenlees, Clyde y Rogelio Sáenz (1999), "Determinants of Employment of Recently Arrived Mexicans Immigrants Wives", *International Migration Review*, vol. 33, núm.2, p. 354-377.
- Hobbs, Frank y Nicole Stoops (2002), *Demographic Trends in the 20th Century. Census 2000 Special Reports*, Washington, DC, Census Bureau.
- Kossoudi, Sherry y Susan Ranney (1984), "The Labor Market Experience of Female Migrants: The Case of Temporary Mexican Migration to the US", *International Migration Review. Special Issue: Women in Migration*, vol. XVII, núm. 4.
- Leite, Paula, Selene Gaspar, Luis Acevedo, Guillermo Paredes, Rodrigo Villaseñor, Xóchitl Castañeda y Steven P. Wallace (2008), "Migración y Salud. Latinos en los Estados Unidos". México, Consejo Nacional de Población, Universidad de California, Iniciativa de Salud de las Américas.
- Leite, Paula, Carlos Galindo, María Adela Angoa, Luis Acevedo, Xóchitl Castañeda, Emily Felt, Alma Mora, Steven P. Wallace y Mark Schenker (2009a), "Migración y Salud. Los hijos de Mexicanos en Estados Unidos". México, Consejo Nacional de Población, Universidad de California, Iniciativa de Salud de las Américas.
- Leite, Paula, María Adela Angoa y Mauricio Rodríguez (2009b), "Emigración Mexicana a Estados Unidos. Balance de las últimas décadas", en *La situación demográfica de México 2009*, México, Consejo Nacional de Población.

- Lipszyc, Cecilia (2004), "Feminización de las Migraciones: Sueños y realidades de las mujeres migrantes en cuatro países de América Latina", ponencia presentada en "*Caminar sin miedos*", Montevideo, 13 al 15 de abril, en: <http://www.diba.es/urbal12/PDFS/CECILIA%20LIPSYC.pdf>
- Oliveira de, Orlandina y Marina Ariza (1999), "Un recorrido por los estudios de género en México: Consideraciones sobre áreas prioritarias", ponencia presentada en el *Taller "Género y Desarrollo"*, 6 y 7 de septiembre, Montevideo, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, en: http://www.idrc.ca/es/ev-23060-201-1-DO_TOPIC.html
- Passel, Jeffrey y D'Vera Cohn (2008), "Trends in Unauthorized Immigration: Undocumented Inflow Now Trails Legal Inflow", Washington, DC, Pew Hispanic Center: http://www.ime.gob.mx/ime2/2008/phc_trends_unauthorized_immigration_undocumented_inflow_now_trails_legal_inflow.pdf
- Pessar, Patricia R (1999), "Engendering Migration Studies: The case of the new immigrants in the United States", *American Behavioral Scientist*, vol. 42, núm. 4, p. 577-600.
- Poggio, Sara y Ofelia Woo (2000), "La invisibilidad de las mujeres en la emigración hacia Estados Unidos", en *Migración femenina hacia Estados Unidos*, México, EDAMEX, p. 7-20.
- Safa, Helen y Alice Colon-Warren (2009), *Female-Headed Households. Family Structures, Contributing Factors*, en: <http://www.jrank.org/cultures/pages/3874/Female-Headed-Households.html>
- Sassen, Saskia (2003), "Global Cities and Survival Circuits", en Ehrenreich, Barbara y Arlie Russell Hochschild (ed.), *Global Women. Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Nueva York, Henry Holt Company.
- Stier, Haya y Marta Tienda (1992), "Family, Work and Women: The Labor Supply of Hispanic Immigration Wives", *International Migration Review*, vol. 26. núm.4. p. 1291-1313.

- Tienda, Marta y Jennifer Glass (1985), "Household Structure and Labour Force Participation of Black, Hispanic, and White Mothers", *International Migration Review*, vol. 22. núm. 3. p. 381-394.
- Vernez, George (1999), *Immigrant Women in the U.S. Workforce. Who struggles? Who Succeeds?*, Lanham, MD, Lexington Books.
- Woo, Ofelia (1995), "La invisibilidad en el proceso migratorio: las mujeres migrantes", *Frontera Norte*, vol 7, núm. 13, en: http://aplicaciones.colef.mx:8080/fronteranorte/articulos/FN13/8-f13_Nota_invisibilidad